

Serie
Inspector
Barbarotti

HÅKAN NESSER

Las dos vidas del
señor Roos

Håkan Nesser
Las dos vidas del señor Roos
Serie Inspector Barbarotti, 3

Traducción de Martin Lexell y Alberto Sevillano



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Berättelse om herr Roos*

© Håkan Nesser, 2008

Publicado por primera vez por Albert Bonniers Förlag, Estocolmo, Suecia
Publicado en español por acuerdo con Bonnier Rights, Estocolmo, Suecia

© por la traducción del sueco, Martín Lexell y Alberto Sevillano, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Imagen de la cubierta: © Jonathan Stead / Millennium Images, UK
Primera edición en Colección Booket: febrero de 2025

Depósito legal: B. 252-2025

ISBN: 978-84-233-6692-7

Impresión y encuadernación: QP Print

Printed in Spain - Impreso en España

CAPÍTULO I

El día antes de que todo cambiara, Ante Valdemar Roos tuvo una visión.

Paseaba por el bosque con su padre. Era otoño y caminaban cogidos de la mano; la luz del sol se filtraba por las copas de los pinos en lo alto. Avanzaban por un estrecho sendero que serpenteaba entre matas de arándanos rojos y piedras cubiertas de musgo. Se respiraba un aire fresco y puro. Aquí y allá olía a setas. Tendría unos cinco o seis años, a lo lejos se oían las llamadas de los pájaros y los ladridos de algún perro.

Esto es Gråmyren, dijo su padre. Aquí suele estar el alce.

Eran los años cincuenta. El padre llevaba un chaleco de piel y una gorra a cuadros. Se la quitó, soltó la mano del hijo y se secó la frente con la manga de la camisa. Sacó el tabaco y la pipa y empezó a cargarla.

Mira a tu alrededor, hijo mío, dijo. La vida nunca será mejor que esto.

Nunca mejor que esto.

No estaba seguro de que realmente hubiera ocurrido. De si se trataba de un recuerdo verdadero o si solo era una imagen que afloraba desde el misterioso pozo del

pasado. Una añoranza de algo que quizá nunca había sucedido.

Hoy, más de cincuenta años después de aquel día, estaba sentado en una piedra agradablemente cálida, al lado de su coche, con los ojos cerrados y la cara levantada hacia el sol, y no resultaba fácil determinar lo que era verdad y lo que no era más que un producto de su imaginación. Era agosto, y le quedaban treinta minutos de la hora de la que disponía para comer. Su padre había fallecido en 1961, cuando Valdemar solo tenía doce años, y los recuerdos a menudo portaban ese ilusorio brillo de un idilio propio de tiempos remotos. Solía pensar que no le extrañaría si resultara que nunca había pasado. Ese recuerdo y otros tantos. En tal caso...

Pero esas palabras de su padre le habían parecido de verdad; no le daba la sensación de que se las hubiese inventado.

La vida nunca será mejor que esto.

Y guardaba un vívido recuerdo de la gorra y el chaleco. Cuando murió, tenía cinco años menos de los que yo tengo ahora, reflexionó. Apenas cincuenta y cuatro.

Apuró lo que quedaba del café y subió al coche. Reclinó el asiento hacia atrás al máximo y volvió a cerrar los ojos. Bajó la ventanilla para que le llegara la suave brisa.

Dormir, pensó, me da tiempo a dormir un cuarto de hora.

Quizá pueda ver ese momento en el bosque de nuevo. Quizá reviva otro bonito recuerdo.

En Wrigmans Elektriska fabricaban termos. Desde la fundación de la empresa a finales de la década de los cuarenta hasta unos diez años después, había estado

orientada hacia productos eléctricos, como ventiladores, robots de cocina y secadores de pelo, pero a partir de mediados de los años setenta la producción se centró en los termos. El cambio se debió sobre todo al hecho de que el fundador, Wilgot Wrigman, por poco se esfumó literalmente al incendiarse un transformador en octubre de 1971. Cosas así podían dar mala fama a una empresa de electricidad. La gente no olvida con tanta facilidad.

Con todo, se conservó el nombre; los había que consideraban que Wrigmans Elektriska era ya toda una institución. La fábrica se ubicaba a las afueras de Svartö, a una veintena de kilómetros al norte de Kymlinge, empleaba a unas treinta personas y Ante Valdemar Roos había ocupado el cargo de jefe de contabilidad desde 1980.

Veintiocho años ya. Cuarenta y cuatro kilómetros en coche todos los días; con lo que si luego se contaban unas cuarenta y cuatro semanas laborables al año —aunque fuera solo por una bonita simetría— y cinco días a la semana, se sumaban 271.040 kilómetros, el equivalente a dar la vuelta al mundo unas siete veces. El viaje más largo que Valdemar había hecho en su vida fue a la isla griega de Samos, ese segundo verano con Alice hacía ya doce años. Digas lo que digas del tiempo, lo que está claro es que pasar, pasa, pensó.

Pero también existía otro tipo de tiempo; en ocasiones, Ante Valdemar Roos se imaginaba que en realidad había dos conceptos de tiempo muy diferentes.

Por un lado, el tiempo que pasaba volando —que iba sumando un día tras otro, una arruga tras otra y un año tras otro—; con ese tiempo poco se podía hacer más que seguirlo lo mejor que se podía, como unos

perros corriendo detrás de una perra en celo o unas moscas detrás del culo de una vaca.

Sin embargo, el otro tiempo, el recurrente, era otro cantar. De naturaleza lenta y correosa, a veces incluso se detenía, o al menos eso parecía; como esos eternos segundos y minutos cuando estabas al volante esperando al semáforo en rojo del cruce de Fabriksgatan con Ringvägen con dieciséis coches por delante. O cuando te despertabas media hora antes de la hora habitual y no había manera de volver a conciliar el sueño, y te quedabas tumbado en la cama, de lado, limitándote a observar el despertador en la mesilla de noche e intentando reconciliarte poco a poco con la llegada del amanecer.

Y ese tiempo anodino valía su peso en oro. Cuanto más mayor se hacía, más claro le quedaba a Valdemar.

Las pausas, solía pensar; es en las pausas entre los acontecimientos —y mientras se va formando el hielo en el lago una noche de noviembre, si quieres ponerte un poco poético— donde se halla mi hogar.

Donde se halla el hogar de gente como yo.

No siempre había pensado así. Solo durante los últimos diez años, más o menos. Quizá la idea se le había ido colando de forma gradual y casi desapercibida, pero hubo una ocasión especial en la que tomó conciencia de que era así, cuando fue capaz de formularlo en palabras. Fue un día del mes de mayo hace cinco años, cuando el coche se le murió de repente a medio camino entre Kymlinge y Svartö. Sucedió por la mañana, algún que otro minuto después de haber pasado la bifurcación a la altura de la iglesia de Kvartofta. Valdemar se quedó parado en la cuneta e intentó arrancar el coche, pero no había ni asomo de vida en el motor. Llamó

primero a Red Cow para avisar de que iba a llegar tarde, y luego a Assistance, que prometieron acudir con un coche de repuesto en media hora.

Transcurrió hora y media, y fue durante esos noventa minutos, mientras Valdemar estaba sentado al volante observando los pájaros que volaban en el despejado cielo matinal de mayo, la luz que flotaba suspendida sobre los campos de cultivo y las venas de sus manos, por las que la sangre circulaba bombeada con la ayuda de su viejo y fiel corazón, cuando comprendió que era en momentos así que su alma encontraba un espacio en el mundo donde crear su morada. Justo en momentos así.

No le importó que la grúa tardara. No le molestó que Red Cow llamara para preguntarle si es que se había dado a la fuga o algo por el estilo. No sintió la necesidad de hablar con su mujer ni con ninguna otra persona.

Debería haber sido un gato, pensó Ante Valdemar Roos. Sí, joder, un gato gordo de los que toman el sol delante del establo en una granja. Eso habría sido una maravilla.

Seguía pensando en el gato cuando se despertó y echó un vistazo al reloj. El descanso del almuerzo acabaría dentro de cuatro minutos. Ya era hora de regresar a Wrigmans.

No le llevó más que dos minutos. Hacía un año que había encontrado ese escondido claro del bosque, situado al lado de una carretera forestal poco transitada y a un tiro de piedra de la fábrica. A veces iba andando hasta allí, pero por lo general cogía el coche. Le gustaba echar una cabezadita de un cuarto de hora, y entonces le resultaba bien agradable sentarse en el coche,

reclinar el asiento y dejarse ganar por la modorra. Un hombre que dormía tirado en el suelo en el lindero del bosque podría haber levantado sospechas.

La sala del personal en Wrigmans Elektriska tenía unos quince metros cuadrados, un suelo cubierto por linóleo marrón oscuro y las paredes revestidas de un laminado de tonos lilas. Una noche, tras haber pasado una eternidad de horas comiendo allí dentro, Ante Valdemar Roos soñó que se había muerto y que había ido a parar al infierno. Debió de ser en 2001 o en 2002, y el diablo en persona lo recibía, abriéndole la puerta al recién llegado con su sonrisa sardónica tan característica, y el espacio al que accedía era precisamente la sala del personal en Wrigmans. Red Cow estaba sentada en su rincón habitual con su pasta calentada en el microondas y sus horóscopos, y ni siquiera levantaba la vista para saludarlo.

A partir del día siguiente, Valdemar empezó a tomar su sándwich, el yogur y el café sentado en su mesa, a veces acompañados por un plátano y unas galletas de jengibre que guardaba en el cajón superior derecho.

Y últimamente, al menos cuando el tiempo así lo permitía, prefería coger el coche para desconectar por completo durante una hora o cincuenta minutos.

Red Cow consideraba que Valdemar era un tipo raro, opinión que no hacía ningún esfuerzo por ocultar, y no solo en lo referente a sus hábitos de almuerzo, así que Valdemar había aprendido a pasar de ella.

A decir verdad, los demás pensaban lo mismo. Nilsson y Tapanen, y el propio Walter Wrigman. Todos los que poblaban la oficina. Valdemar sabía que les parecía un tipo complicado. Había oído a Tapanen emplear justo esa expresión una vez, cuando hablaba por teléfono y creía que nadie lo oía.

Bueno, ya sabes, ese Valdemar Roos es un tipo complicado, hay que dar gracias a Dios por no estar casado con alguien así.

¿Alguien así? Valdemar aparcó en su sitio habitual, al lado del oxidado contenedor del que llevaban diciendo que debían deshacerse desde mediados de los años noventa. Tapanen apenas tenía dos años menos que Valdemar y llevaba trabajando en Wrigmans casi tanto tiempo como él. Tenía cuatro hijos con la misma mujer, pero estaba divorciado desde hacía algún tiempo. Apostaba en las carreras de caballos y durante las últimas mil ochocientas semanas no había parado de afirmar que solo era cuestión de tiempo que le tocara el gran premio que le permitiría despedirse de esa maldita empresa apolillada. Tenía siempre mucho cuidado de decirlo de tal forma que Walter Wrigman lo oyera; y el jefe solía limitarse a darle una vuelta a la porción de *smus* que llevaba bajo el labio superior y pasarse la mano por la calva antes de explicarle a Tapanen que nada le daría una mayor alegría que eso. Nada.

A Valdemar nunca le había caído bien Tapanen, ni siquiera en aquella época en la que había gente que todavía le caía bien. Había algo mezquino y malvado en él; Valdemar solía pensar que Tapanen pertenecía a esa categoría de personas que traicionaría a sus compañeros en las trincheras. No sabía realmente lo que significaba ni de dónde se había sacado esa imagen, pero le parecía tan inherente a Tapanen como las verrugas a un jabalí verrugoso.

En cambio, Nilsson siempre le había caído bien. Aunque era cierto que el encorvado norteamericano se pasaba la mayor parte del tiempo en la carretera, pero de vez en cuando ocupaba su sitio a la derecha de la cabina acristalada de Red Cow. Solo tenía cuarenta años; o sea,

hoy por hoy, antes era más joven. Se trataba de un hombre callado y amable que estaba casado con una mujer aún más callada de Byske, o tal vez de Hörnefors. Tenían cinco o seis niños y eran miembros de alguna congregación pietista, pero Valdemar nunca se acordaba de cuál de ellas. Nilsson había empezado en Wrigmans unos seis meses antes del cambio de milenio, asumiendo el cargo de Lasse «Patacoja», quien había fallecido en trágicas circunstancias relacionadas con un accidente de pesca por la zona de Rönninge.

Poseía un aire de seriedad, Nilsson, un carácter algo grisáceo, como el líquen, que almas menos sensibles, como por ejemplo Tapanen, tildarían de soso; y es verdad que Valdemar, por mucho que quisiese, era incapaz de traer a su memoria a Nilsson diciendo algo que pudiera considerarse divertido. Incluso resultaba imposible determinar si alguna vez se había reído durante sus casi diez años en Wrigmans Elektriska.

Así que probablemente el hecho de que Nilsson le cayera bien también decía algo de Ante Valdemar Roos. O, mejor dicho, que le hubiera caído bien. Antes.

Sea como fuere, aquella imagen del paseo con su padre no se le iba de la cabeza. Los troncos de los pinos, altos y rectos, las matas de arándanos rojos, las hondonadas húmedas con reina de los prados y mirto de Brabante. Una vez de vuelta en su mesa y encendido el ordenador, era como si las palabras del padre siguieran dando tumbos en bucle en su cabeza. Una y otra vez, sin descanso.

La vida nunca será mejor que esto.

Nunca mejor que esto.

La tarde transcurrió marcada por la tristeza. Era viernes. Era agosto. Época de canículas. Y el verano se re-

sistía, la primera semana de trabajo tras las vacaciones pronto llegaría a su fin, y ante sus ojos se desplegaba el futuro más inmediato como un tramo de vía ferroviaria horriblemente mal colocada: fiesta en casa de los cuñados en la parte vieja de Kymlinge, al lado de la iglesia.

Se trataba de una tradición. El viernes después del segundo jueves de agosto, se organizaba una cangrejada en casa de Hans-Erik y Helga Hummelberg. No se descuidaba ni un solo detalle del ritual: se ponían gorritos de papel en colores alegres, se tomaban al menos seis tipos diferentes de cerveza y aguardiente casero de hierbas, y se comían los cangrejos sorbiendo ruidosamente con todos los acompañamientos de rigor. Solían ser una docena de personas, dos arriba o dos abajo, y Valdemar llevaba ya tres años seguidos quedándose dormido en el sofá.

No era por culpa de un consumo excesivo de bebidas espirituosas, sino más bien por tedio. Tenía fuerzas para conversar, mostrar la gracia y la elocuencia justas e interesarse por todo tipo de chorradas esotéricas durante dos o tres horas; luego era como si se desinflara. Empezaba a estar más incómodo que una foca en el desierto. Se pasaba media hora en el baño y, si nadie se había percatado de su ausencia cuando volvía a la mesa, se daba el lujo de permitirse otra media hora más. Se quedaba sentado allí en el asiento de madera laqueada de un inodoro que no le resultaba familiar, con los pantalones y los calzoncillos bajados hasta los tobillos reflexionando sobre cómo proceder si un día decidiera quitarse la vida. O matar a su mujer. O huir a Katmandú. Había aprendido a usar el baño que llamaban «de los niños», situado en la parte de la casa donde vivían los adolescentes de la familia; y como estos nun-

ca asistían a las fiestas de sus padres, Valdemar podía estar allí todo el tiempo que quisiera sin ser molestado, regodeándose en la sensación de no ser querido, bajo una nube de ponderaciones pesimistas.

Pero algo iba mal, pensó el año pasado, algo en esta vida iba de veras mal si a la edad de unos sesenta años un hombre no podía encontrar una solución mejor que encerrarse en el baño cuando estaba en una fiesta.

Así que ¿qué podía hacer?, pensó cuando la semana laboral de repente se hubo acabado y de nuevo estuvo sentado al volante. ¿*Qué podía hacer?* ¿Dar un puñetazo en la mesa? ¿Oponer resistencia y explicar de forma amable pero firme que no tenía la menor intención de acompañar a su mujer a casa de Hans-Erik y Helga?

¿Por qué no? ¿Por qué no simple y llanamente explicarle a Alice que no soportaba a su hermano y su círculo, como le pasaba con la música rap y los blogs y las portadas de los tabloides, y que nunca más pretendía poner un pie en casa de esa panda de cursis pseudo-intelectuales?

Mientras recorría los veintidós kilómetros que había de vuelta a Kymlinge, esas cuestiones rebotaban de un lado para otro en el desolado vacío de su cabeza. Sabía que eran ideas ficticias, que no eran de verdad; solo se trataba de la habitual letanía de cobardes protestas que rondaba en su interior de manera prácticamente continua. Preguntas, comentarios y frases venenosas que jamás lograban atravesar sus anémicos labios y que no servían a otro objetivo que desanimarlo y entristecerlo aún más.

Estoy muerto, pensó cuando pasó por delante del nuevo hipermercado Coop en Billundsberg. En todos los aspectos importantes, hay menos vida en mí que en

una planta de plástico. No les pasa nada a los demás, el problema soy yo.

Siete horas más tarde estaba, como no podía ser de otro modo, enclaustrado en el cuarto de baño. La predicción se había cumplido al pie de la letra, con la pequeña variación de que estaba borracho. De puro tedio y en un intento de infundir algo de sentido a su existencia se había tomado cuatro chupitos de aguardiente, una considerable cantidad de cerveza, así como dos o tres copas de vino blanco. También había contado a toda la mesa una larga historia sobre una prostituta de Odense, pero cuando se iba acercando al final resultó que, lamentablemente, se le había olvidado cómo terminaba. Cosas que pasan incluso en las mejores familias, pero la mujer de una pareja nueva —una psicoterapeuta, rubia de bote y de generoso pecho, que venía de Stora Tuna— lo había contemplado con una sonrisa de interés profesional, y había visto cómo Alice apretaba tanto los dientes que sus mandíbulas se volvían blancas.

No sabía cuánto tiempo llevaba sentado en la tapa de madera laqueada, pero el reloj marcaba la una menos cuarto y no creía que se hubiera quedado traspuesto. Según la experiencia de Ante Valdemar Roos resultaba casi imposible dormirse sentado en un inodoro. Tiró de la cadena, se puso de pie y se ajustó la ropa. Se echó agua fría a la cara varias veces e intentó peinarse los finos mechones que todavía crecían aquí y allá en su irregular cabeza formando algún tipo de extraño peinado. Cogió un poco de pasta de dientes e hizo gárgaras.

Acto seguido salió tambaleándose del baño y puso rumbo al gran salón, donde la música de guitarra es-

pañola se mezclaba con ruidosas voces y alegres risas. Si no se ha ido alguien más a esconderse en algún sitio, deben de ser once personas allí dentro, pensó Valdemar; un equipo de fútbol entero de personas en varias fases de la mediana edad, triunfadores, ingeniosos y disfrutando de una merecida embriaguez.

Le invadió una repentina indecisión. De pronto se sintió auténticamente viejo, genuinamente fracasado y desprovisto de todo atisbo de ingenio. Su mujer era once años más joven que él y todos los demás del grupo tenían entre cuarenta y cincuenta años, podría ser incluso que la psicoterapeuta no tuviera más que treinta y tantos. A Valdemar, por su parte, solo le quedaban un par de meses para cumplir los sesenta.

No tengo nada que decirle a ninguno de ellos, pensó. Ninguno de ellos tiene nada que decirme a mí.

Ya no quiero participar en esto, como mucho quiero ser un gato.

Miró a su alrededor en el recibidor. Decorado en blanco y aluminio. No había ni un solo objeto que le interesara. Si hubiera sido un ladrón, no se habría llevado nada de nada. Resultaba muy triste.

Dio la vuelta, salió con sigilo por la puerta a la calle y se encontró con el aire nocturno clarificador y fresco.

Nunca será peor que esto, pensó.